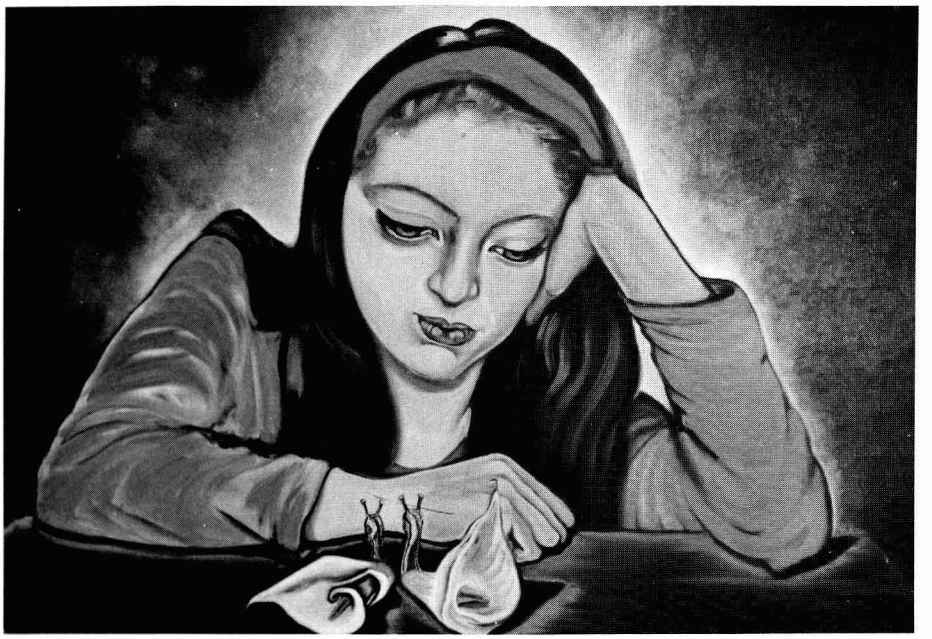
Macario Matus

Aída Espino:
La dama de los alcatraces



La niña de los alcatraces. Óleo/tela, 70 x 100 cm.

Aída Espino tiene dos obsesiones: el gusto por las flores y las medusas. La flor es el alcatraz que un día soñara Salvador Dalí; la medusa la arrancó de los cabellos de la mitología griega y la ha convertido en una mujer de hermosos sueños no petrificados.

Como toda creadora Aída Espino transforma la realidad, la recrea, la inventa con sensualidades más reales, más atrevidas y por lo mismo más humanas. Los sueños, que son la otra vida según Gérard de Nerval, al ser trastocados en fantasía reflexiva, racional, despiertan al espectador y lo alumbran con una luz más benéfica. El sol y la luna habitan en los senos de una mujer que sueña con pájaros. El alcatraz es una gota de agua que una llave chorrea secretamente, o bien un instrumento dócil en manos del virtuoso saxofonista; puede ser concha de caracol, paisaje alucinado, fonógrafo, o parte del cuerpo de ella y él según el mito prehispánico. Flor dual, el alcatraz posee los dos atributos sexuales que los seres humanos han soñado unir en un solo cuerpo.

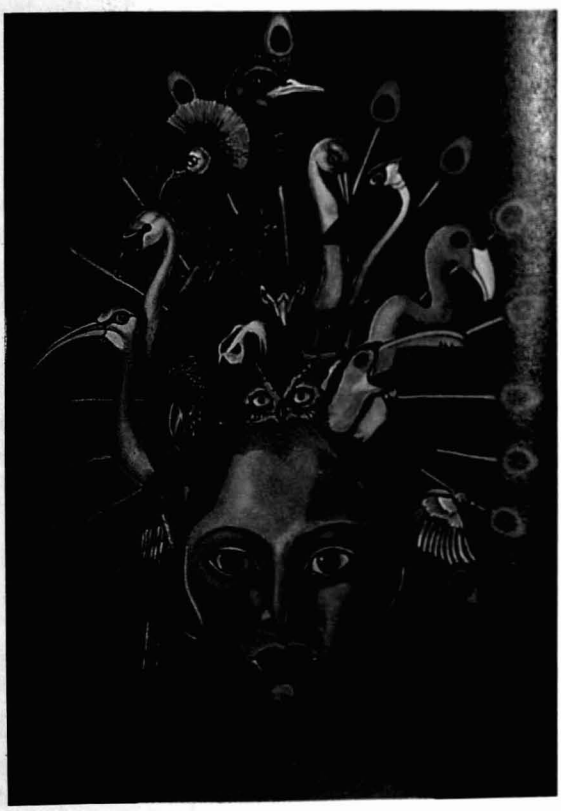
La medusa es serpiente, contraparte y estuche fiel de aquella flor. Estas serpientes multiformes, filiformes, son

Fotografías de Gonzalo Pretellini

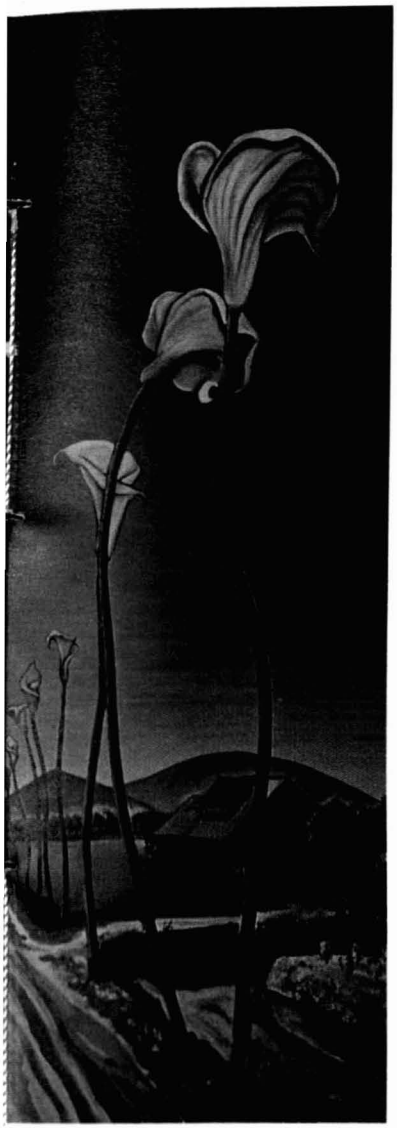
El encantador de serpientes. Óleo/tela, 100 x 120 cm.

los *símbolos transparentes* de los falos en la cabeza de las mujeres que sueñan despiertas. Encarnan toda suerte de aditamentos con que se embellece esa mujer mitológica que vibra dentro y fuera de su intimidad, que juega con ideas rampantes que la estimulan. Para Aída Espino, la medusa ha dejado de ser aquel monstruo que petrifica a los hombres y oculta su fealdad al mundo. Esta nueva medusa es suave, sensual e incluso ingenua. Se acicala en la espera y luce su cabello sin pudor a bordo de una motocicleta, la engalana con un sombrero, le pone rulos. La medusa se transforma en todo lo que es vida, creación, procreación, conceptos todos éstos que invaden la obra de Aída Espino.

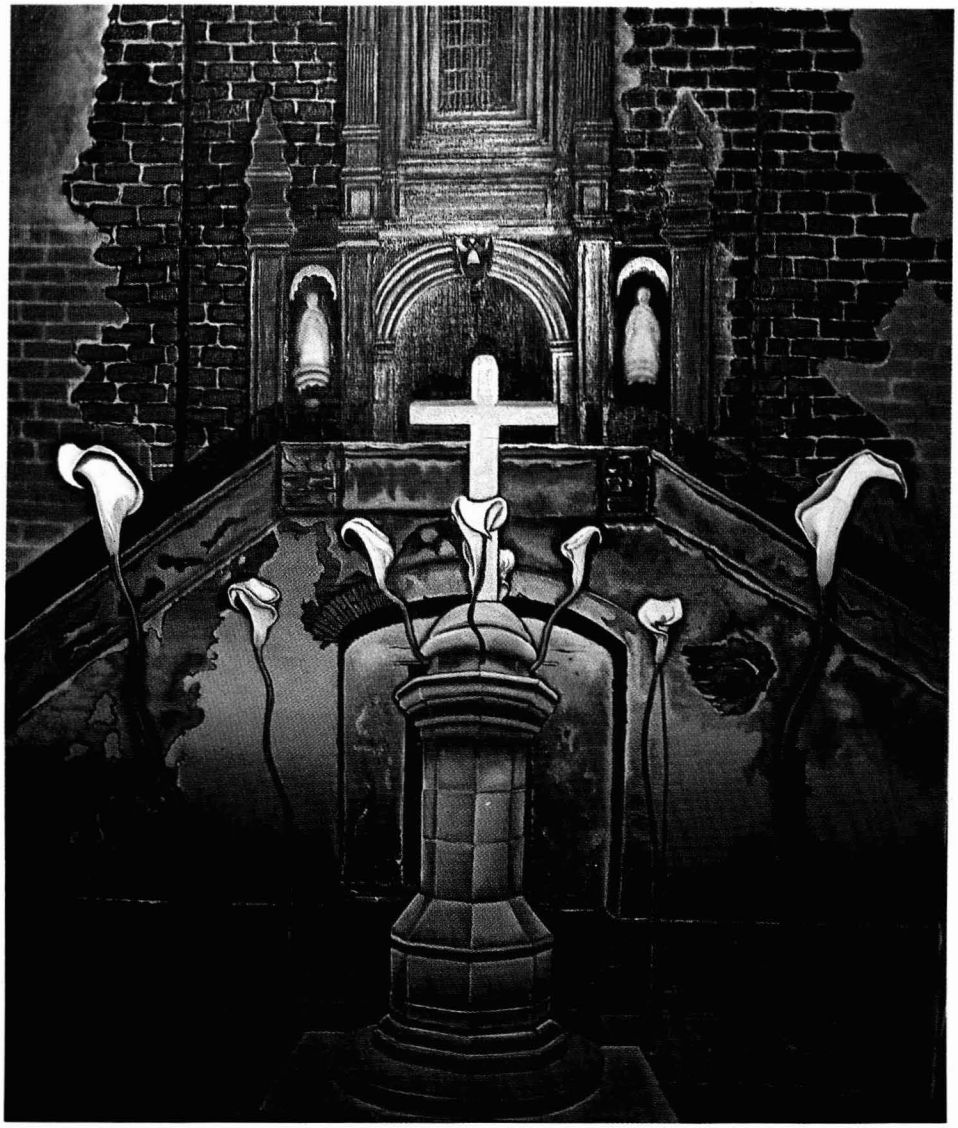
En la pintura de Espino se percibe una organización diferente de las



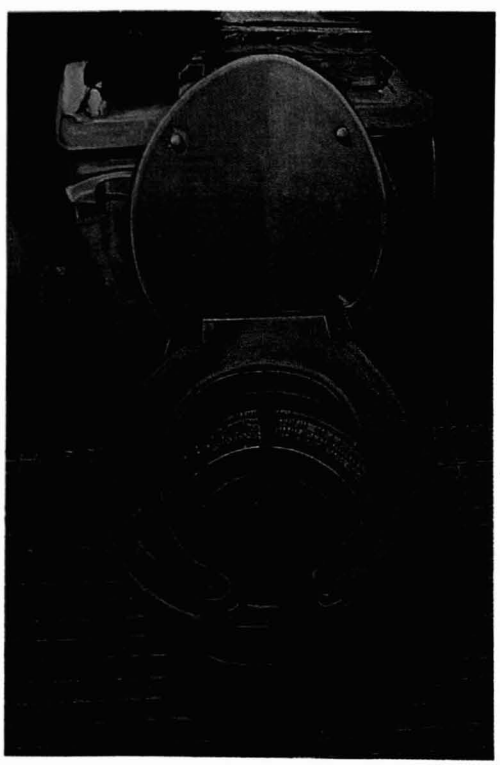
Medusa pajarera. Óleo/tela, 70 x 100 cm.



Paisaje. Óleo/tela, 100 x 120 cm.

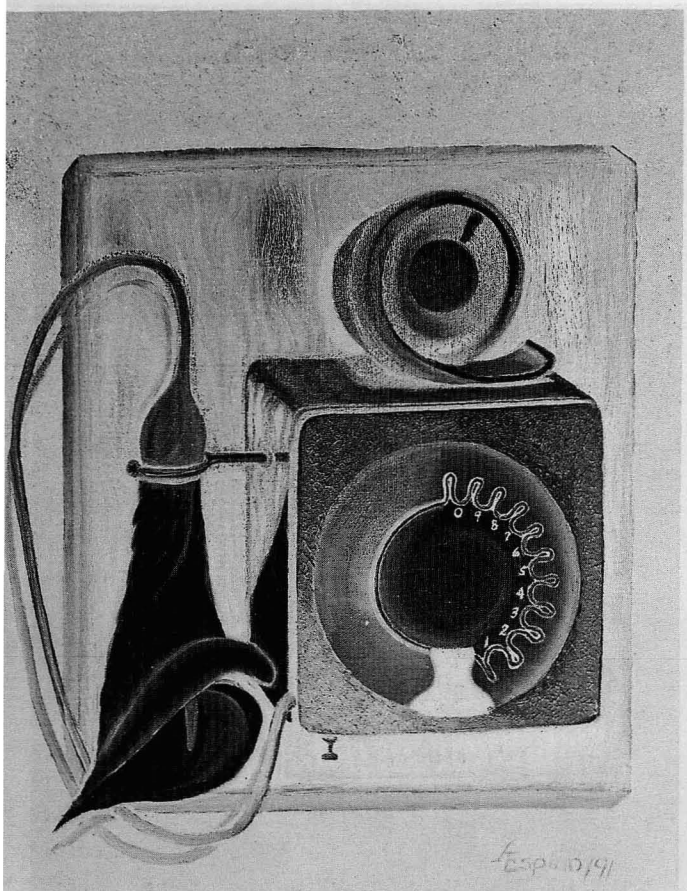


La plaza de San Roque. Óleo/tela, 100 x 120 cm.



La plaza de toros. Óleo/tela, 80 x 120 cm.

percepciones, de combinaciones casi matemáticas. Hace alarde de imaginación e ingenio; hay irreverencia al introducir en la plástica mexicana un excusado en el que dentro hay una plaza de toros, con toda la carga crítica que ello implica: un espectáculo al que asiste el toro sin su consentimiento, al que le untan vaselina en los ojos para disminuir su visión, lo desangra un picador, le corta los tendones un banderillero; previamente le han rebajado los cuernos para poner a salvo a su oponente, quien habrá de lucirse gracias a la agonía del indefenso animal. Todo esto narrado por medio de la generosa paleta de la artista, quien hace del óleo no ya un medio para plasmar ideas sino un cómplice dúctil, cálido en algunas de sus obras como *La niña de los alcatraces* y de



l teléfono. Óleo/tela, 40 x 50 cm.

Fonógrafo. Óleo/tela, 50 x 60 cm.

una frialdad que peca de objetiva en su *Plaza de toros*. El color pasa también por todos los matices: es violento en *El saxofonista,* cuadro de reminiscencias expresionistas, así como en *La chica de la motocicleta,* y alcanza una suavidad insospechada que semeja al pastel en *La niña de los caracoles.* Hay en la obra de esta pintora una alegría en el vivir: gozo y placer vital, visual. Sus obsesiones plásticas son propuestas valientes, atrevidas, en ocasiones irreverentes. Es un caso singular dentro de la plástica mexicana contemporánea, pues aúna la audacia y la libertad pictórica a la calidez del eterno femenino. Funde los sueños con las pesadillas, da a los monstruos de antaño rostros angelicales de una manera fresca, un tanto *naive,* para lo cual se apoya también en sus modelos, adolescentes en la mayoría de sus cuadros.

Toda la obra de Aída Espino conjunta imaginación, técnica y sensibilidad transmutadas en sueños reales, confesados en color, composición y textura. Está emparentada con distintas facetas del realismo mágico y va más allá de lo mágico real. Los sueños de esta Dama de los alcatraces han venido a ensanchar la plástica mexicana con su osada sinceridad estética. ◊